

**Zeitschrift:** Hispanica Helvetica  
**Herausgeber:** Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos  
**Band:** 16 (2006)

**Artikel:** Prólogo Roger Wolfe y el Neorrealismo español de finales del siglo XX  
**Autor:** López Merino, Juan Miguel  
**Kapitel:** 3.5.: Diario  
**DOI:** <https://doi.org/10.5169/seals-840906>

### **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

### **Conditions d'utilisation**

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

### **Terms of use**

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

**Download PDF:** 31.03.2025

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>**

la obra es el de la escritura». Y al igual que en *Todos los monos del mundo* y en *Hay una guerra*, continúa practicando sin el menor asomo de temor o reserva la «crítica acérrima del mundillo literario español»; aunque esta *desfachatez* y esta *imprudencia* no están reservadas a ese tema: «La mayoría de los juicios que componen el libro son valientes y a la vez brutos, sin matizar.» Pero en el libro los ataques tocan muchos más palos: «Cuando no habla de literatura, a Wolfe le gusta tratar de la política, de la sociedad, o del sexo, sin ningún tipo de censura.»

Roche también señala, muy acertadamente, el parecido de este libro con la obra de Cioran: «Wolfe, en sus aforismos más mordaces, se acerca mucho al meollo del pensamiento de Cioran, y sin duda comparte con él su visión de la escritura como una necesidad urgente y vital». En nuestra opinión habría que matizar que ese parecido es con los libros del último Cioran, en los que el rumano se limitó al aforismo, muy en especial con el libro póstumo *Cuadernos (1957-1972)*, mucho más crudo que cualquiera de los anteriores, y que su autor no quiso publicar en vida. Según Roche, el parecido se percibe en tres rasgos: «el uso del aforismo», «el estado de ánimo y el ingenio». Lo que se echa en falta en la comparación que esta crítica hace es el papel primordial que desempeña el humor tanto en la obra del rumano que escribió en francés como en la del inglés que escribe en español. Porque todos los parecidos que se les pueda encontrar proceden de ahí: lo que los emparenta de verdad, el poso común del cual brotan sus semejanzas, no es ni más ni menos que su omnipresente talante humorístico ante los llamados problemas metafísicos y ante los avatares cotidianos, la risa liberadora hasta en la más negra de las desesperaciones.

### III.5. DIARIO

#### III.5.1. *¡Que te follen, Nostradamus!*

Al ocuparnos de los «ensayos-ficción» los hemos emparentado con el dietario (así como también hemos señalado sus diferencias),

ya que este término, en palabras de Jordi Gracia<sup>472</sup>, «designa mejor la selección premeditada de los motivos, temas o pretextos, donde no manda la cotidianidad vital sino el hecho que cumple anotar por diversos motivos». Para referirnos a *¡Que te follen, Nostradamus!* hay que hablar de diario propiamente dicho, ya que «se ajusta tanto a la modulación más íntima e introspectiva como a la que se adapta a la secuencia lineal de los días, incluso la que busca urdir una cierta continuidad lógica y nebulosamente argumental entre unos días y otros: una vida vertebrada y contada día a día [...]»<sup>473</sup>. Diario es también la palabra con la que el propio Wolfe se refiere –en entrevistas<sup>474</sup> y en la contraportada del volumen– a estas páginas que «recorre[n] sus obsesiones personales, sus gustos y disgustos artísticos y literarios, sus conflictos de supervivencia con los medios periodísticos y editoriales, en un año especialmente significativo, 1999, falso final de milenio y verdadero comienzo de lo mismo: la continuación de la estupidez y la miseria de la condición humana».

De ahí su título, que aunque a primera vista pueda parecer un simple «gesto de burla hacia las profecías catastrofistas del famoso astrólogo», tal y como señala Myriam Roche<sup>475</sup>, en realidad se ha de entender referido a cualquier tipo de profecía catastrofista finisecular, como ha afirmado el propio Wolfe<sup>476</sup>.

José Ángel Mañas, en el prólogo al volumen, ha señalado la idoneidad de este género para la obra de Wolfe. De hecho, en mayor o menor medida, salvo las ficciones puras de sus novelas y algunos de sus relatos, todos sus libros tienen algo de las entradas de un gran diario disperso. «El diario –afirma Mañas–, molde abierto por excelencia, [es] seguramente el [género] que mejor conviene a un

<sup>472</sup> Jordi Gracia, *Hijos de la razón*, Barcelona, Edhasa, 2001, pp. 152-53.

<sup>473</sup> *Ibid.*, p. 152.

<sup>474</sup> «Es un diario convencional que cubre todo el año 1999», en la entrevista de Juan de Oliveira, «No todo el mundo se atreve a describir lo que hay en su cabeza», *El Progreso Digital*, 30-VIII-2001, <http://www.grupoelprogreso.com/ImprNot.asp?secc=Verano&id=42561>

<sup>475</sup> Myriam Roche, «Nulla dies sine linea». *Quimera*, n° 21 junio de 2002, p. 79.

<sup>476</sup> Entrevista de Juan de Oliveira, *op. cit.*: «El título hace referencia a las profecías en las que se preveía el fin del mundo para finales del siglo XX».

escritor tan obsesionado con su propia personalidad, en la tradición de los grandes egotistas, como Baroja o Stendhal»<sup>477</sup>. Tal vez debido a que este molde es de por sí tan abierto, Wolfe no se ve en la necesidad de desfigurarlo, y por eso este libro resulta en cierto sentido el más «convencional» de los suyos, o mejor: el más respetuoso con el género al que se adscribe. A pesar de lo cual, como todas las demás obras de su autor, es –en palabras de Miguel Dalmau– «una obra que no tiene parangón [...] en la literatura española actual»<sup>478</sup>, debido a la elección del tema que hilvana el libro –en palabras de este crítico «el circo literario– y sobre todo al tratamiento que hace de él.

Este mismo crítico hace un perfil del «personaje»<sup>479</sup> desde el cual Wolfe nos habla:

Afincado en Asturias desde hace casi dos décadas, [...] es un escritor que sobrevive con traducciones, colaboraciones en prensa y lecturas poéticas. Bebedor de fondo, retirado, atraviesa una seria crisis conyugal con Noelí y se ve neutralizado por una sequía creativa. De poco le sirven los viajes a Madrid, Zaragoza, California o Noruega. Es un artista de talento que ha tocado fondo, y repasa con extrema crudeza y lucidez lo que queda del día.<sup>480</sup>

Los temas y asuntos tratados casi siempre nos remiten al día a día de este escritor, «un tipo con cultura, sensibilidad y oficio»<sup>481</sup> que pone al descubierto «lo que ocurre entre los bastidores de la vida de un autor»<sup>482</sup> y los modales con que lo tratan las grandes armas de la

---

<sup>477</sup> José Ángel Mañas, «El caso de Roger Wolfe», pról. a *¡Que te follen, Nostradamus!*, p. 9.

<sup>478</sup> Miguel Dalmau, «Denuncia de las miserias literarias», *Qué leer*, marzo 2002, p. 82.

<sup>479</sup> «[–¿El protagonista es usted, o es ficción?] –Soy yo, y a la vez un personaje. Yo perseguía ser lo más espontáneo posible, pero todo lo escrito tiene su dosis de literatura.» (Entrevista de Georgina Fernández, «Escribir significa adoptar al mundo entero como enemigo», *La Voz de Asturias*, 29-IV-2002.)

<sup>480</sup> Miguel Dalmau, *op. cit.*

<sup>481</sup> *Ibid.*

<sup>482</sup> Myriam Roche, *op. cit.*

alta cultura oficial (la prensa y las grandes editoriales), pero que a la vez «se fustiga a sí mismo y es crítico con sus trabajos»<sup>483</sup>. El retrato final de este *alter ego* homónimo de Wolfe nos habla de «la soledad de un creador puro, un sujeto que no encaja con los patrones al uso, que desprecia los medios de comunicación y que se encuentra en un callejón sin salida»<sup>484</sup>. A esto habría que añadir el paisaje de fondo sobre el que *la acción* transcurre, que –tomando las palabras de Myriam Roche– podríamos describir compuesto por «sus estados de ánimo, sus angustias, superficiales o profundas, su filosofía de la existencia, pesimista, nihilista incluso, con el humor y la lucidez a modo de salvavidas»<sup>485</sup>.

El propio Wolfe nos dice en estas páginas cuál es la chispa de la que nace su intención de llevar un diario: «La culpa de esto en gran parte la tiene Bukowski. Quiero decir de que me haya puesto a redactar un diario más o menos convencional. Acabo de traducir el suyo, *El capitán ha salido a comer y los marineros se han hecho con el barco*, para Anagrama.» (QF: 23) Y añade que lo considera «una oportunidad inmejorable para poner puntos sobre íes, aunque no hagas otra cosa.»<sup>486</sup>

Las primeras entradas fueron publicadas en abril de 1999, en el primer número de la revista zaragozana *La Duda*.

Tal y como señalamos al ocuparnos de *El arte en la era del consumo* y de *Oigo girar los motores de la muerte*, también en este libro –publicado antes que los citados– se advierte ya claramente el proceso de migración de Wolfe:

En este libro se da por primera vez un cambio de registro. El mundo reflejado sigue siendo el mismo, pero el tono es diferente, más maduro. Hay mayor soltura y tranquilidad. Es una voz menos rabiosa, más reflexiva.<sup>487</sup>

En palabras de Myriam Roche<sup>488</sup>, su tono ahora es de una «impertinencia desganada» y «Wolfe parece haber dejado atrás parte

<sup>483</sup> Miguel Dalmau, *op. cit.*

<sup>484</sup> *Ibid.*

<sup>485</sup> Myriam Roche, *op. cit.*

<sup>486</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>487</sup> Entrevista de Juan de Oliveira, *op. cit.*: «No todo el mundo se atreve a describir lo que hay en su cabeza».

de la fama sulfurosa que llegó a ser la suya», aunque «la crítica sigue punzante, la mirada cáustica».

Este cambio de actitud conlleva otro en el estilo. «En el *Nostradamus* –dice Wolfe– [...] me preocupé poco por el “estilo” [...]. Gullón y otros [...] han señalado que el *Nostradamus* es como tenerme al lado hablando durante unas cuantas horas. Considero ese comentario el mayor elogio que he recibido. Es *exactamente* lo que quería. [...] Un pobre loco que larga.»<sup>489</sup> Lo que ahora persigue Wolfe es la oralidad pura, dislocada y divagante, y por eso, en lugar de la composición mediante fragmentos aislados del «ensayo-ficción», opta por la sucesión de digresiones. En cierto sentido este libro es una sucesión de cartas que Wolfe se escribe a sí mismo, o mejor, una larga conversación que tiene consigo mismo y que le sirve de catarsis:

La cosa, claro, es que la escritura salva. La escritura te salva el pellejo. Por eso estoy aquí, escribiendo esto. Y creo que por eso, por mucho que diga, no dejaré nunca de escribir. Es importante publicar, intentar comunicarse. Conseguir decir algo a los demás. Pero lo que verdaderamente importante es lo que tiene lugar dentro de un mismo. Un siempre escribe, en último término, para uno mismo. Para aclarar las propias ideas; para intentar explicarse las cosas; para ordenar un poco el caos interior. Al margen de cualquier otra consideración, hay una particular sensación que te sobrecoge cuando te sientas y escribes, y la cosa va mínimamente bien, y consigues poner las palabras en el papel o en la pantalla como más o menos quieres, que satisface, que llena como ninguna otra cosa que yo, al menos, haya conocido. Nada se le iguala. Ni el alcohol, ni por su puesto el sexo, ni las drogas. Es posible que la conversación, que una buena conversación con alguien con el que estés realmente compenetrado, se llegue a asemejar a la escritura; quizá sea la única cosa que pudiera hacerle la competencia. [...] La escritura, por otra parte, es como una conversación con uno mismo. Un peloteo. (QF: 154-55)

Según Roche<sup>490</sup>, los elementos que caracterizan a esta nueva voz son tres: «una ironía que tira a menudo a cinismo, algunos toques sutiles de vulgaridad, y una libertad total de palabra». (El que la

---

<sup>488</sup> Myriam Roche, *op. cit.*

<sup>489</sup> Roger Wolfe, Carta inédita, 3-III-2002.

<sup>490</sup> Myriam Roche, *op. cit.*

ironía roce a menudo el cinismo es más que discutible, pero no es éste el momento para hablar de ello. Véase «V.2. Nihilismo y humor».) La libertad total es de palabra pero también de composición:

El género del diario da rienda suelta a Wolfe para llevarlo como le da la gana. Lejos de la disciplina recomendada por Zola, deja pasar a veces tres semanas sin apuntar nada, y cuando lo hace, es sin ningún plan de trabajo aparente: cuenta las cosas tal y como le vienen a la mente, saltando de un tema a otro, de una anécdota a una digresión, perdiendo él mismo el hilo de su relato más de una vez. ¿Franqueza o manipulación?<sup>491</sup>

También ha sido Roche quien mejor ha señalado el aspecto ficcional del libro. Al igual que ya dijéramos al ocuparnos del «ensayo-ficción», este elemento ficcional es tal porque, aunque el personaje sí es Wolfe, Wolfe no es sólo ese personaje. Por eso Roche da de lleno en el clavo cuando habla de ocultamiento: «el autor ejerce un dominio total sobre lo que nos deja ver y lo que nos esconde, sin entregarse totalmente»<sup>492</sup>. Pero el ocultamiento no es nunca engaño, y el propio Wolfe se encarga de confesar su reserva al tratar ciertos temas, en concreto «asuntos privados, o del corazón, en los que no me voy a meter ahora» (QF: 184). En cualquier caso, el conjunto «es de una subjetividad demoledora, asumida sin ninguna vergüenza: [Wolfe] nos habla de él, de su propia obra literaria, de sus opiniones, de sus gustos, convoca a sus autores favoritos [...] y despelleja los gremios que más odia»<sup>493</sup>.

<sup>491</sup> *Ibid.*

<sup>492</sup> *Ibid.*

<sup>493</sup> Myriam Roche, *op. cit.*

En esta interesante cita Wolfe reflexiona sobre «lo subjetivo» (Carta inédita, 30–VII-2001): «No es infrecuente encontrarse con elogios críticos de obras supuestamente «objetivas», en las que la visión del autor, se nos dice, está ausente; obras en las que se alaba la inexistencia de «juicios subjetivos» sobre el asunto narrado. Casi parece absurdo verse en la necesidad de señalar que la objetividad, en arte como en cualquier otra cosa, no existe. Un arte que de alguna manera no sea subjetivo es un arte, en el mejor de los casos, emasculado; en el peor, muerto. Una literatura sin «juicio» no es literatura. Hasta las fotografías tienen «perspectiva»; y hablo de perspectiva moral. Otra cosa, por

A lo largo del propio diario, Wolfe reflexiona en numerosas ocasiones sobre su personal modo de encarar el género; por ejemplo, sobre su preferencia por el pretérito indefinido incluso para relatar lo que ha ocurrido ese mismo día:

[...] estaba hablando de lo que hice ayer. Algo que por cierto tendría que haber anotado aquí ayer, al final del día, como se supone que debe uno hacer cuando escribe un diario, pero prefiero hablar a posteriori. Quizá me haya acostumbrado irremediablemente al pretérito indefinido. Me agota un poco contar las cosas en pretérito perfecto. Es como si fluyeran menos. [...] Nunca me ha gustado tomar notas en «tiempo real». Las pocas veces que he hecho reportajes periodísticos, por ejemplo, he intentado trabajar siempre «a pelo». Impregnarme de lo vivido y luego relatarlo a posteriori. El riesgo es que pierdes, o puedes perder, exactitud, precisión. Pero ganas algo que nunca hubiera estado presente si hubieras escrito el relato de los hechos sobre la marcha. Ese algo, me gusta pensar, es precisamente lo que hace que un relato sea literatura. La literatura nunca es completamente fiel a los hechos. La literatura es una mentira contada para poder decir la verdad. (QF: 41)

O sobre su necesidad de velocidad en la redacción –«[...] escribo demasiado rápido. Me refiero al acto físico de teclear las palabras en la pantalla.» (QF: 174)–:

Estoy escribiendo esto a mano, en un bloc de renglones que he comprado esta tarde en el aeropuerto de Ámsterdam. No suelo escribir de esta manera, ni tan lejos de mi zulo gijonés, y la sensación es más que un poco rara. Es como si no reconociera el tono de mi propia voz. Las palabras se resisten a fluir. Y cuando lo hacen, lo hacen de otra manera: a regañadientes, queriendo forzarme a seguir el camino que a ellas les apetece, en lugar del que yo quiero. El problema básico es el desfase temporal. El período de demora entre las órdenes que emite el cerebro y su registro visual, cuando escribes a mano, es mucho mayor que cuando lo haces a ordenador. Y, además, en un texto manuscrito lo que vas dejando atrás es un chorro de garabatos mayormente ilegibles. Las palabras no cristalizan, nítidas e inmediatas, en la pantalla. El resultado es una sensación de estreñimiento que si te descuidas puede desembocar en bloqueo. Porque como te obsesiones estás jodido; las musas se cierran en banda y cruzan las piernas y no hay nada que hacer. Cuando escribo a mano no puedo coger un

---

supuesto, es que nos guste o nos disguste la perspectiva del artista en cuestión; que estemos o no de acuerdo con ella».

ritmo rápido y mantenerlo contra viento y marea y sin mirar atrás. Siempre acabo haciendo malabarismos mentales para intentar grapar la frase u oración en la página lo más rápidamente posible, con la esperanza de poder terminarla sin olvidarme de lo que quería escribir. (Es decir: acabo estando más pendiente de las palabras que de las ideas, cosa que como todo el mundo sabe es una de las peores trampas en las que puede caer un escritor.) Y eso es algo que ocurre muchas veces: uno va tan despacio que para cuando llega al final del fragmento en cuestión se le ha calado el motor, y hay que arrancar de nuevo. (QF: 58)

O sobre su inevitable –y a la vez conscientemente consentida– propensión a la digresión, y al hecho de que esa misma dispersión termine dándole consistencia y cuerpo al conjunto:

En fin, esto es una locura. Ya no sé ni por dónde he empezado, ni cómo demonios he podido acabar hablando de Ferlinghetti y de los beat. Pero da igual. La vida siempre acaba encontrando su particular forma de ordenarse. Lo que hay que hacer es dejarla fluir. Dejar que las cosas vayan ocupando lentamente su lugar. (QF: 77)

Y en la última entrada –que va a servir de cierre al capítulo–, Wolfe prácticamente termina el libro con una reflexión sobre lo azaroso de su conformación:

Me he dejado muchas cosas en el tintero de la chola a lo largo de estas páginas. Algunas veces, porque sencillamente se me olvidaron, o porque no venían a cuento, o porque no coincidieron con las entradas del diario. Muchas veces se me ocurrían cosas que hubiera querido anotar, pero no era el momento. Estaba de viaje, o tirado en la cama hecho polvo, o trabajando, o mirando las musarañas. Y hay cosas que se han colado que no tienen mayor importancia; que están ahí simplemente porque estaban en el sitio indicado en el momento oportuno. Porque me pillaron delante de la pantalla de este ordenador. Y es curioso, porque los sucesos han ido estableciendo, de esa manera, su propio y personal orden de importancia. Este diario de mis azares finimilenarios es a su vez un hijo del azar. (QF: 184-85)